

## La tienda

Caminaba por el barrio gótico de Barcelona como tantas veces cuando, de pronto, vio algo que llamó su atención. En una esquina poco iluminada de uno de los callejones cercanos a la catedral había un establecimiento que no recordaba haber visto nunca pese a que pasaba por allí prácticamente cada día. Pensó que, tal vez, como los comercios nacen y mueren a diario en esta sociedad consumista en la que vivimos y la competencia aplasta al que no es un poco espabilado, habrían cerrado la que hubiera allí y esta estaría inaugurada desde hacía poco tiempo.

Sin embargo, tenía aspecto de ser muy antigua. Era por la tarde, en invierno, y sobre la puerta de entrada lucía un iluminado cartel de neón de color morado en el que podía leerse “Objetos raros”. Lo cierto es que la oscuridad le daba al aparador, en el que se amontonaban objetos de toda índole, un aire misterioso y algo perturbador. Pero al mismo tiempo había algo que hacía que aquel lugar resultara extremadamente cautivador. Casi llegó a pensar que el neón ejercía sobre ella un extraño poder de atracción.

No tuvo tiempo para pensar y ya estaba de camino hacia la puerta de entrada, apoyó su mano en ella y la abrió. Mientras permanecía bajo el quicio oía un extraño ruido como de gritos macabros. Al mirar hacia arriba, de donde procedía aquel sonido, se dio de bruces con un horripilante cráneo disecado y consumido en cuyos labios se dibujaba una mueca de dolor. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, parecía una cabeza humana que hubiese sido reducida por medio de algún oscuro procedimiento. Prefirió no seguir pensando y, sin hacer caso a las señales de alarma que le proporcionaban todos sus sentidos, entró en aquel local.

Las cosas más curiosas y estrafalarias, las más antiguas y destartadas se encontraban allí expuestas. Aquel lugar era como un viejo desván lleno de polvo y de toda clase de

cachivaches. Una tabla de guija sobre una mesa, unos vasos canopes al lado de lo que parecía un ataúd, una vieja y siniestra muñeca de porcelana con la cara algo deteriorada y una sonrisa que daba pavor, una máscara veneciana que parecía pertenecer al mismísimo diablo, extraños amuletos, viejos candelabros, velas con la cera derretida y chorreante... todo ello amontonado entre ingentes cantidades de polvo y alguna que otra telaraña.

- Buenas tardes tenga – declamó una voz siniestra a sus espaldas.

Se giró sobresaltada y entonces lo vio. Se trataba de un hombre de aspecto inocente, casi desvalido. Era bajito y un poco calvo. Vestía ropas muy usadas y llevaba unas diminutas gafas que parecían estar haciendo equilibrios en la punta de su peluda nariz.

- ¿Puedo ayudarla en algo?

- No... - dijo sin saber muy bien lo que estaba respondiendo - ... sólo curioseaba.

- No es este un lugar para curiosos – dijo el hombrecillo con cierto tono de enfado en la voz -. Estoy seguro de que está buscando algo... - ella no respondió -. Tal vez... tal vez ande buscando el más oculto de sus miedos. Sí, seguro que ha entrado aquí buscando eso que le da verdadero pavor. Veamos... a ver que tengo por aquí... Entonces el vendedor sacó una pequeña caja de color púrpura en la que se leía “Lo que se siente cuando uno está muerto”. La abrió. De pronto la visión de aquel tipo se desvaneció y empezó a sentir una horrible angustia que le atenazaba el pecho. Intentaba moverse pero no podía. Su punto de vista había cambiado, ahora todo pasaba por delante de ella como si estuviera tumbada. De pronto algo oscuro cayó sobre ella. Intuyó que era la tapa de un ataúd. A continuación oyó unos ruidos y no tardó demasiado en intuir que estaban arrojando paletadas de tierra sobre ella. Intentó hacer algo para salir pero estaba inmovilizada. Quiso gritar pero no tenía voz. ¡Estaba muerta!

Cuando más desesperada estaba volvió a oír la voz del repugnante hombrecillo y ante ella apareció su imagen con la caja púrpura en las manos mientras la cerraba.

- No, no, tal vez su peor miedo sean... ¿las arañas?

Y entonces tomó un pequeño recipiente de cristal en cuyo interior permanecía inmóvil una enorme tarántula. La dejó salir de su celda y pronto aquel peludo insecto comenzó a moverse hacia ella con asombrosa rapidez mientras a su paso dejaba a miles de sus congéneres que a su vez se seguían multiplicando. Cada vez había más arañas por todas partes que acabaron acorralándola en un rincón. Pronto empezó a notar sus pequeñas patas peludas recorriéndole el cuerpo y miles de agujijones que se le clavaban por todas partes. Sintió el miedo, el dolor y, a continuación, un profundo mareo. Cuando creía que se desplomaría en el suelo y que aquellos asquerosos insectos la tendrían totalmente a su merced entonces, volvió a oír la voz del tipo de la tienda.

- Puede que lo que realmente la asuste sea el ver morir a un ser querido. No, ¡mejor aún! – exclamó como poseído - ¡Que mueran todos sus seres queridos!

Y así empezó a sentir que su corazón se desgarraba ante la certeza de que su padre, su madre, su hermano, su novio, su amiga Clara... todos los suyos estaban muertos. No estaban allí, no los había visto morir, pero sabía que nunca más los volvería a estar con ella porque habían perdido la vida. Notaba aquel olor a muerte que, inexplicablemente, se te prende en la ropa cuando entras en un tanatorio o cuando visitas un cementerio, ese olor a velas apagadas, a flores podridas y a soledad. A impotencia y a adiós. De nuevo, cuando sentía con más intensidad un desesperante ahogo, toda la tristeza y aún más desesperación, de nuevo apareció aquel hombre.

Esta vez tuvo tiempo de reaccionar. Se dio la vuelta y buscó desesperada la salida. No estaba. La puerta por la que había entrado había desaparecido y ahora se encontraba atrapada en aquel siniestro lugar. De súbito todos los objetos que allí se amontonaban se

volvieron mucho más amenazadores de lo que ya le habían parecido apenas entró. La muñeca de porcelana parecía estar viva, podía oír su risa. El paño negro sobre el que estaba colocada la máscara veneciana pareció ganar volumen, como si hubiera alguien escondido en su interior. La cabeza consumida de encima de la puerta aparecía delante del cuerpo de un decapitado maniquí dándole el grotesco aspecto de un individuo de tamaño normal con un horrendo cráneo liliputiense sobre sus hombros.

- Vaya, vaya, vaya... - resonó de nuevo la voz del hombrecillo – a lo mejor el peor de sus miedos, la más horrible de sus pesadillas sea permanecer atrapada para toda la eternidad en un lugar como éste en el que se guardan todos los horrores del universo. Dicho esto se puso a reír a mandíbula batiente y su siniestra y enfermiza risa resonó por toda la habitación y se metió dentro de su cabeza. Era cierto, le asustaba quedarse atrapada en aquel lugar sin escapatoria posible, pero también la asustaba la muerte, la suya y la de sus seres queridos, y las arañas, y las máscaras, y las muñecas de porcelana y... Intentó escapar de toda aquella maraña de cosas que se le venía encima. Sintió el desagradable tacto de las espesas telas de araña en la cara, cosquilleos incesantes que le recorrían el cuerpo y que ni siquiera se atrevía a imaginar de quién o qué podían provenir. La siniestra muñeca se asió a uno de sus pies y le pareció ver que al fondo, con capa negra y los labios chorreando de sangre, un vampiro había aparecido en la habitación.

Entonces, olvidándose de que todos sus miedos y los del mundo entero estaban allí metidos, arremetió con todas sus fuerzas hacia el dependiente que ya no estaba detrás del mostrador. Cayó sobre él, que se desplomó con asombrosa rapidez, mientras sentía cómo el brazo de aquel objeto animado de porcelana se le descoyuntaba a su horrible propietaria. Cuando chocó con el individuo su cuerpo se descompuso en cientos, millones de asquerosos y orondos gusanos de un amarillo cetrino que empezaron a

convulsionarse sobre el suelo de la tienda. Estaba atrapada y todos aquellos objetos horribles e indescritibles criaturas habían cobrado vida y estaban fuera de control. Huyó hacia un rincón en el que parecía haber una diminuta puerta. Lo que allí la estaba esperando no era mucho mejor que lo que había en el exterior. Notó algo viscoso y frío que se le pegaba al cuerpo y pronto una sensación de ahogo. Aquello que la cogía, fuera lo que fuese, le estaba chupando la vida. Empujó la portezuela de aquel pequeño compartimiento y, en un espejo enmarcado con lo que parecían ser unas tibias humanas, pude verse a sí misma de un extraño color oscuro y con la piel pegada a los huesos, los ojos saliéndose de las órbitas y la lengua colgando fuera de la boca. Aquel extraño organismo la estaba fagocitando.

Ante su propia y espantosa imagen se dejó caer al suelo dándose por vencida. Siempre había temido al miedo. Odiaba aquella sensación de desamparo y de impotencia, aquel extraño sentimiento que le atenazaba el pecho y hoy, aquí y ahora se encontraba a merced de sus miedos, de todos los miedos. Pensó que lo que le estaba ocurriendo no podía formar parte de la realidad. Nada de aquello era real. Las muñecas diabólicas sólo eran reales en las películas. Los vampiros o las máscaras satánicas no existían. Nada de aquello era de verdad. Ningún monstruo de tacto viscoso podía estar chupándole la vida. Tenía que despertar.

Desde el suelo todavía buscaba con la mirada la puerta por la que había entrado en aquel paraíso del terror. La vio al fondo, cubierta por espesas telarañas y salpicada de vísceras y sangre. Un tipo con la piel de color azulado y los ojos inyectados en sangre estaba golpeando el torso de una persona contra ella. Como pudo se fue arrastrando hacia aquella dirección. Cada pequeño avance le costaba un gran esfuerzo y empezó a notar cómo su cuerpo se iba deshaciendo, quedando esparcido por el camino. Pero daba igual, tenía que continuar.

Y así, dejándose en cada estirón hacia la puerta algo de su propia carne consiguió alcanzar su objetivo cuando ya no era más que un tronco sangrante y sin piernas. Estiró el brazo hacia el pomo de la puerta y éste también se le desencajó pero, antes de caer, consiguió su objetivo. Sintió el frío aire del exterior que parecía brisa de montaña comparado con el oxígeno enrarecido que se respiraba en el interior. Estaba agotada y creyó que iba a perder el sentido. Entonces, vio que alguien se le acercaba, ¡por fin! ¡Estaba salvada! Y en ese momento oyó otra vez la voz del hombrecillo de la tienda. No, no, no. Estaba atrapada. No había manera de escapar de allí... aquello era el fin. Pronto lo tuvo a su lado, tomándola por lo que de su cuerpo quedaba.

- Vamos, señorita, incorpórese. ¿Se encuentra bien? Se ha desmayado.

Miró a su alrededor y todo había vuelto a su posición y aspecto original. La puerta estaba a sus espaldas y la tienda, pese a su aspecto macabro y siniestro, volvía a ser el lugar horrible pero inanimado en el que se había aventurado a entrar. Se miró las manos. Eran las suyas. Volvían a estar en su sitio y tenían de nuevo el aspecto saludable de siempre. Cinco dedos en cada una con sus correspondientes falanges y todas sus uñas. Ya no tenía las piernas separadas del cuerpo ni el aspecto consumido de apenas unos segundos antes, lo supo al verse reflejada en el espejo de las tibias humanas. No pidió explicaciones. No se despidió. Apenas unos segundos le bastaron para salir corriendo de allí en dirección a cualquier parte. No miró atrás. Tampoco parecía mirar hacia delante ya que en su camino chocó con varios transeúntes que le lanzaron improperios o la increparon por su falta de educación. Una vez en casa no se atrevió a contar nada de lo que le había ocurrido en la tienda. Si lo hacía, todos iban a pensar que se había vuelto loca o, peor aún, que había tomado algo raro. Tardó unos días en atreverse a volver a pasar ni siquiera por las calles que rodeaban aquel lugar. Cuando finalmente lo hizo, no pudo dar con el oscuro callejón ni, por

supuesto, con la tienda. Pasó por allí en compañía de su novio y, aunque no le dijo nada, se sintió fatal al descubrir que la tienda y con ella todo el callejón habían desaparecido. Tal vez nunca habían estado allí. Daba igual. No quería saber por qué ni qué había pasado. Le bastaba con tener la seguridad de que ya no estaban allí, de que no los volvería a ver nunca más. Los días fueron pasando y la tranquilidad volvió a su vida ya que cada segundo, cada minuto, cada hora que pasaban hacían que aquel extraño suceso se fuera convirtiendo en apenas un recuerdo lejano.

El día de su cumpleaños un mensajero llamó al timbre de su casa. Fue su madre la que contestó al interfono y la que le abrió puerta al preguntarle la voz que de él salía por su hija. Entonces le sugirió que saliera ella a recoger el paquete que le traían, que seguramente sería un regalo. Aquella expectativa la ilusionó. Ya tenía todos los regalos que esperaba recibir y no pensaba que tuviera que llegarle alguno más. Se preparó para abrir la puerta y entonces... Allí estaba el hombre bajito y calvo de aspecto inocente con sus gafas resbalándole al final de la nariz.

Cerró la puerta horrorizada pero él siguió picando al timbre y aporreando la puerta. Sus padres que estaban en el comedor salieron al pasillo para ver qué estaba pasando. Insistieron en que debía abrir pero ella siguió negándose. Cuando le preguntaban por qué no quería abrir la puerta y recoger aquel paquete ella no sabía qué contestarles.

- No se marchará hasta que no le abramos – dijo su madre.

- Déjalo – insistió ella – ya se cansará.

- No podemos dejar que siga armando este escándalo – dijo su padre mientras de fondo se oía al hombrecillo llamándola por su nombre con su dulce e inocente voz, dando golpes a la puerta a ratos y a ratos llamando al timbre.

Al cabo de más de una hora se hizo el silencio.

- Veis, – les dijo a sus padres – ya se ha marchado.

Se fue a dormir intranquila. Soñó con el siniestro hombrecillo y con lo que le había ocurrido, o creía que le había ocurrido, en la tienda de objetos raros. Se despertó en varias ocasiones con temblores y empapada en sudor. De niña había aprendido a despertarse a placer cuando tenía un mal sueño. Esa noche tuvo que hacerlo en varias ocasiones porque no lograba escapar de aquellas inquietantes pesadillas. Por la mañana, se levantó apenas sonó su despertador. No quería seguir durmiendo, necesitaba ver la luz del día. Desayunó, se duchó y se arregló para irse a la universidad y cuando iba a salir de su casa, nada más abrir la puerta, encontró sobre el felpudo de la entrada un paquete.

La sangre se le heló en las venas y tuvo la sensación de que mil ratas de cloaca empezaban a arañarle las entrañas. Quiso darle una patada para que aquella caja rodara escaleras abajo pero detrás de ella apareció su madre y se lo impidió.

- Debe de ser el paquete que te trajo ayer el mensajero – le dijo.

Apenas tuvo tiempo de darse cuenta y su madre ya había tomado el paquete del suelo y se lo transportaba al interior de la vivienda. Todo fue muy rápido y cuando por fin entró tras ella en la casa la encontró con la caja de color púrpura en las manos.

- ¡No! – gritó desesperada -. ¡No la abras!